

Libros

18

El contrapoder de los intelectuales

¿Qué papel juegan los intelectuales? La respuesta de Alain Minc es este brillante ensayo en el que recorre su historia al hilo del polémico «caso Dreyfus»

Aunque Alain Minc se remonta al siglo XVIII para realizar su *Historia política de los intelectuales*, hay un eje fundamental que señala un antes y un después. Es al final del siglo XIX. Francia se debate con el «caso Dreyfus». Entonces surge esta denominación, en apariencia despectiva, para identificar a quienes, como Émile Zola, defendían la inocencia del militar judío.

Personalidades de la cultura procedentes de todas las ideologías se habían agrupado bajo una causa común. «Es en esta pacífica revuelta del espíritu francés donde pondría mis esperanzas de futuro en este momento en que todo nos falta», escribe Clemenceau en enero de 1898. Barrès le responde con otro artículo, «La protesta de los intelectuales», donde califica a estos como aristócratas del pensamiento ajenos y contrarios a la vil masa. A partir de ese instante, el término se extenderá universalmente, pero conllevará el estigma de «elitismo» y «contrario a lo popular».

Juicio injusto

«De Clemenceau a Camus», escribe Minc, «la línea queda clara a partir de ese momento, pero de Barrès a André Wurmser—ese eminente estalinista—, paradójicamente también lo está.» Es decir, la derecha o extrema derecha, implícitamente, estará de acuerdo con la izquierda y el comunismo estalinista y soviético en atacar por desviacionistas a los intelectuales como si fueran



ÉMILE ZOLA
Primer cabecilla de una insurrección intelectual, a raíz de su artículo «Yo acuso», en defensa del militar judío Alfred Dreyfus



MAURICE BARRÈS
Un texto suyo acuña el término «intelectual», referido peyorativamente a aristócratas del pensamiento

una clase ajena y superior al margen de sus respectivas huestes.

Zola fue el más valiente y quizás el primer gran cabecilla de aquella insurrección intelectual. No estuvo solo: tras de sí tuvo a profesionales anónimos de la educación y la cultura; también a otros com-

pañeros de armas—Proust, Renard, Anatole France—y a artistas como Monet. ¿Cuál fue el motivo para que tanta gente se uniese a favor de Dreyfus? No solo el juicio injusto hacia este oficial, con toda la carga de antisemitismo que conllevaba (preludio de lo que iba a pasar durante la Segunda Guerra Mundial); también ayudó la presencia decidida de Zola.

Los propios intereses

Zola y su ejército de intelectuales procedentes de todas las tendencias ideológicas tuvieron que luchar contra los partidos de izquierda, Jaurès y Clemenceau incluidos, y los de derechas, que consideraban culpable al militar. ¿Por qué el autor de *Germinal* entró en una liza que lo conduciría a su destrucción? Para Minc, Zola estaba ávido de reconocimientos burgueses y dolido por el rechazo del *establishment*. Tenía la convicción de que su hora literaria había pasado y necesitaba recuperar su papel.

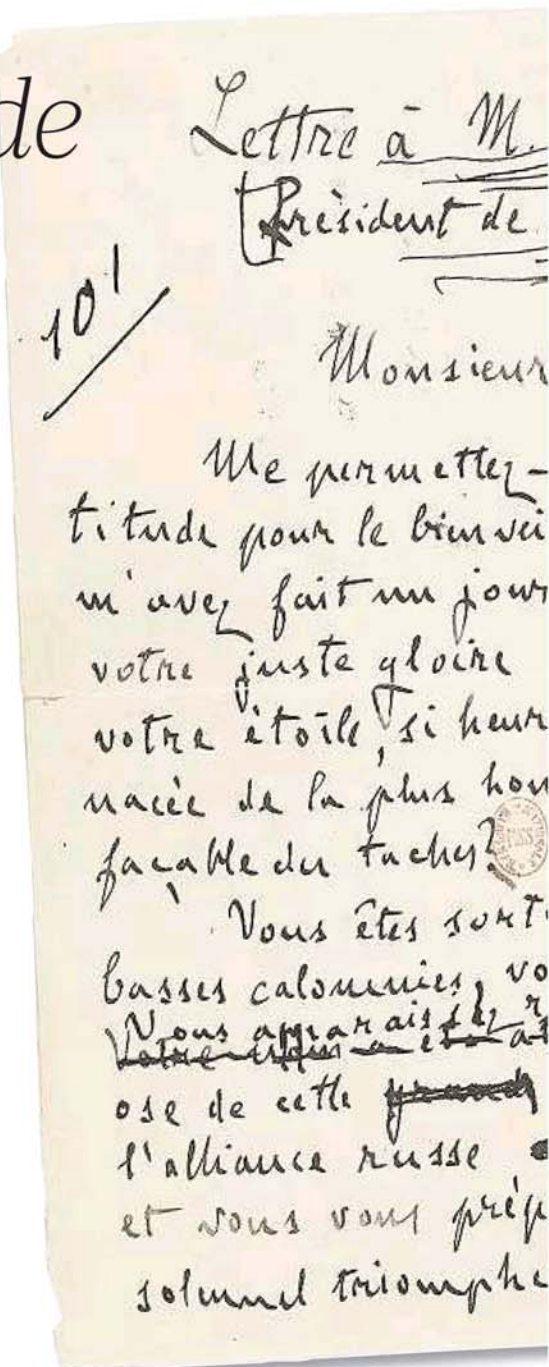
No es que Zola no estuviera convencido de la inocencia de su defendido; lo estaba. Pero también se valió de estas circunstancias para alcanzar sus propios fines. Minc, a lo largo de su densísimo ensayo, desarrolla este mismo asunto con Voltaire, Chateaubriand, Victor Hugo, Lamartine, Balzac, Flaubert, Renan, Malraux, Camus o Sartre. Es decir, el intelectual, tanto de derechas como de izquierdas, toma posiciones ideológicas y las defiende con convicción aunque sin desprenderse de sus propios intereses. Ante todo está su carrera creadora. No hay

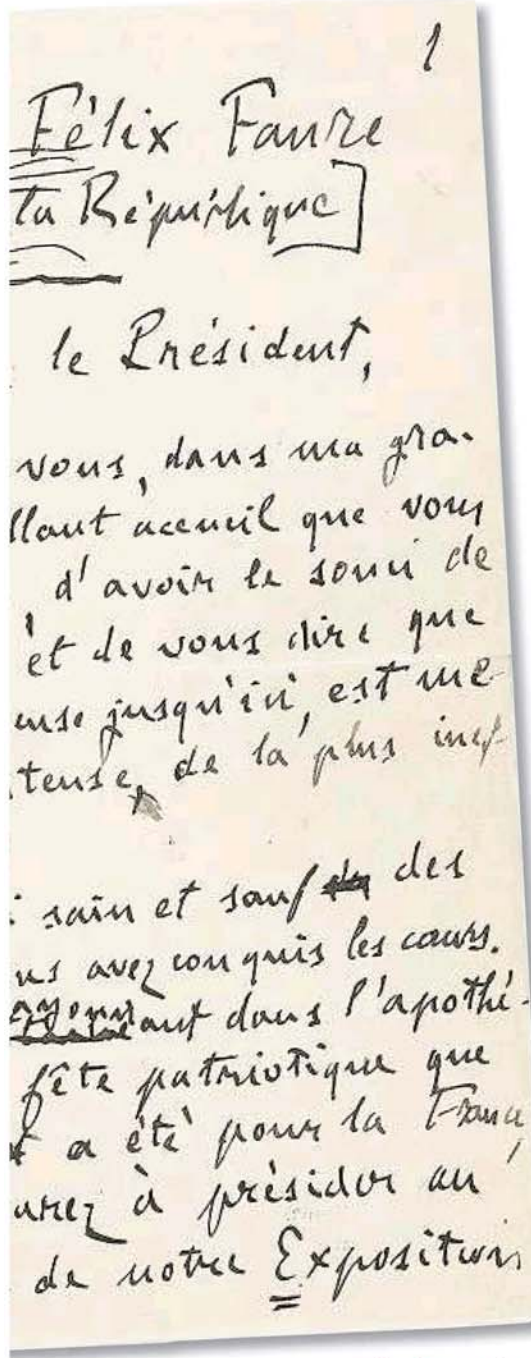
generosidad en las acciones de los intelectuales franceses (los más importantes que él analiza), sino intereses, muchas veces honorables y ejemplares; otras, no tanto.

Zola fue consciente de los riesgos que corría en un país donde el poder defendía todo lo contrario que él, pero como

escribió en un artículo en *Le Figaro* (periódico que tuvo que abandonar, pues no estaba conforme con sus ideas, y se pasó a *L'Aurore* de Clemenceau, donde publicaría «Yo acuso»): «La verdad está en marcha y nada la detendrá».

El 13 de enero de 1898 Zola publica uno de los artículos





más famosos de la prensa mundial de todos los tiempos, «Yo acuso», que, además, se convertía en el primer manifiesto de los intelectuales. Ferdinand Brunetière, director de la influyente *Revue des Deux Mondes*, daba carta de naturaleza a esta primera salida a la luz pública de los

Arriba, el manuscrito de «Yo acuso», de Zola, que fue publicado en el diario *L'Aurore* el 13 de enero de 1898 y que se considera el primer manifiesto intelectual

intelectuales como partido o, quizás, más bien como lobby: «El mero hecho de que recientemente se haya creado esa palabra, Intelectuales, para designar, como una especie de casta nobiliaria, a la gente que vive en los laboratorios y en las bibliotecas, ese mero hecho denuncia uno de los defectos más ridículos de nuestra época, me refiero a la pretensión de alzar a los escritores, los sabios, los profesores y los filósofos a la categoría de superhombres. Las aptitudes intelectuales, que sin duda no desprecio, no tienen más que un valor relativo. Para mí en el orden social, estimo mucho más el temple de la voluntad, la fuerza de carácter, la seguridad de juicio y la experiencia práctica. Así pues, no dudo en colocar a tal agricultor o a tal comerciante que conozco muy por encima de tal erudito o de tal biólogo o de tal matemático que no me apetece nombrar».

Una banda sospechosa
Brunetière les daba carta de naturaleza de forma negativa, es decir, poniendo en duda su superioridad moral y el derecho a creerse más importantes e influyentes que los demás. Reprochaba a esta ralea su individualismo y su incapacidad para comprender las exigencias de la colectividad nacional y, en particular, la del ejército. Dürkheim arremeterá contra Brunetière defendiendo el individualismo.

Los intelectuales nacieron como una fuerza autónoma entre derecha e izquierda y, a partir de este instante (aunque ya había sido así siempre), tendrán graves enfrentamientos con la derecha y, a veces, incluso más encarnizados, con la izquierda socialista-comunista. Zola no solo recibió reproches de la derecha nacionalista, xenófoba y antisemita; también desde la izquierda no menos antijudía. Por ejemplo, Jaurès, friamente dreyfusista, la emprendió contra Zola afirmando que tras él se había situado «la sospechosa banda de los aprovechados judíos». Péguy, en nombre del socialismo, acudió en ayuda de su maltratado compañero.

¿Eran desinteresados los actos de justicia por parte de los intelectuales franceses? Este asunto también lo trata Minc, y el resultado no es siempre muy alentador. ¿Los intelectuales franceses volvieron a reunirse contra el nazismo y la Ocupación alemana?



BRUNETIÈRE
Arremete contra los intelectuales entendidos como una especie de casta nobiliaria, algo que le parece ridículo



ANATOLE FRANCE
En su discurso fúnebre por Zola exaltó al autor de «Germinal» por despertar por primera vez a los intelectuales

¿Los intelectuales franceses volvieron a reunirse contra los crímenes del estalinismo? ¡No! Mantuvieron un silencio cómplice o colaboraron.

Los abajo firmantes

Evidentemente se produjeron excepciones. Antes del «Yo acuso» hubo siempre una manifestación política individual por parte de los creadores. A partir de este texto nacen los intelectuales y su espíritu colectivo de participación en la vida política del Estado. Zola no estuvo solo, los grandes de su tiempo lo ayudaron. «Los abajo firmantes pertenecen al mundo de las artes, de las ciencias y de las letras y felicitan a Émile Zola por la noble actitud militante que ha adoptado en este tenebroso caso Dreyfus»: así comenzaba el manifiesto de apoyo impulsado por Mirbeau y Courteline.

Renard, Mallarmé y otros escritores no pudieron impedir la condena del novelista, que fue despojado de la Legión de Honor y huyó a Inglaterra. El proceso de Zola dividió aún más al mundo intelectual. Zola

era más importante que Dreyfus. Los intelectuales dreyfusistas y zolistas crean la Liga de los Derechos del Hombre, inspirada en la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, defensora de una moral republicana y crítica contra el antisemitismo, aunque proceda de la izquierda. Los católicos abandonarían esta formación para fundar un Comité católico para la defensa del Derecho.

Ley de amnistía

Pero entre los intelectuales, ¿quiénes fueron los principales antidreyfusistas? A la cabeza, Maurice Barrès, que atacó sin piedad a Zola acusándolo de antipatriota. Zola regresó a su país en diciembre de 1900 gracias a una ley de amnistía. Dos años después moría asfixiado por monóxido de carbono. ¿Accidente, suicidio, asesinato? Anatole France, en su discurso fúnebre, que unió por última vez a todos los dreyfusistas, exaltó a Zola por haber sabido despertar, por primera vez, a los intelectuales. Intelectuales, de derechas y de izquierdas, que, también a partir de entonces, pocas veces estarían defendiendo causas comunes, a no ser las de sus propios intereses, como sucedió tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

Una historia política de los intelectuales se centra en el contrapoder que escritores, filósofos y artistas construyeron a lo largo de los siglos de una manera individual y ya, a partir del siglo XIX, de forma colectiva. Minc inicia su estudio en los salones, los cafés y las logias masónicas francesas del XVIII y llega hasta nuestros días. Su eje es la cultura francesa, esencial en la configuración y desarrollo de tan poderosa opinión pública.

¿Un intelectual es capaz de comprender y aceptar las reglas de la política? Si lo hace, ¿pierde su alma? ¿Sirve mejor a sus ideas sumergiéndose en la realidad del poder, contentándose con aconsejar, limitándose a un papel de vigía desde el corazón de la sociedad civil o escogiendo la postura eterna del contrapoder? A todas estas preguntas responde este magnífico libro.

CÉSAR ANTONIO MOLINA

UNA HISTORIA POLÍTICA DE LOS INTELLECTUALES ALAIN MINC Traducción de Mónica Rubio. *Duomo*. Barcelona, 2012. 487 páginas, 24 euros ★★★★★